En la madrugada del 20 de noviembre de 1965 nos dejaba Jaume BOFILL, el "hombre-alma", como le ha llamado bellamente Oswaldo MARKET. Desde hace tres años, le veíamos vivir como un prodigio de la técnica médica, de la solicitud familiar, de aquella dulce y tenaz voluntad de presencia en que se nos ofrecía la excepcional libertad de su espíritu generoso. "Años de propina" llamaba él mismo a estos años. De propina, para cuantos le queríamos y —la retórica no tiene lugar en estas líneas— desde posiciones muy distintas recibíamos de él los últimos datos de un signo que aún hemos de interpretar. Para él, años del trabajo postremo y total de alma y cuerpo, de violencia y dulzura, de noche y esperanza que había expresado, con la evidencia de lo ya consumado, en la Pascua de Resurrección anterior a su muerte: "La sublimació definitiva sabrà renunciar, si cal, amb la dolcesa d'un somriure, ja no imperat, sinó espontani i sentit a allò que tanmateix reconeix i estima com un bé i *que és acollit com a tal en l'acte mateix de renunciar-hi*: intrínsecament present com el que justament ha d'ésser sublimat i transcendit, no es fa sentir com a 'condició-obstacle' i l'esperit s'experimenta com a lliure en la 'difícil facilitat' que hem dit".

En estos años se cumple en Jaime BOFILL la plenitud de una unidad entre su vida y la más honda dirección de su pensamiento que nos hace pensar hasta qué punto una y otra no pueden ser separadas por un fácil historicismo.

Las azarosas circunstancias de la vida universitaria este año constituyen una tentación demasiado fácil al olvido. En nuestro tiempo, empero, signos como esa unidad de vida y pensamiento que el maestro Jaime BOFILL realizó silenciosamente, casi como una invitación —son demasiado caros; pienso, para dejarlos olvidar. Por eso, mientras pido a amigos más afines ideológicamente al Dr. BOFILL que nos ofrezcan un estudio definitivo de lo más original de su pensamiento, quisiera esforzarme hacia el sentido que la presencia filosófica de Jaime BOFILL tiene para nosotros.

Permitidme partir de una confesión personal. Frente a lo que nosotros, sus discípulos, llamábamos desde lejos el "tomismo" del Dr. BOFILL, casi todos pertenecíamos a la "resistencia". Todavía recuerdo la expresiva definición de uno de mis más distinguidos compañeros de estudio: "Uno le daría un abrazo pensando que todavía hay quien piensa así. Este hombre ha confundido su vocación, tendría que haber sido misionero".

Sí, la primera impresión que daba de sí Jaime BOFILL tenía que ver con lo anacrónico, y eso anacrónico estaba trascendido por una vocación misionera. Claro que inmediatamente se llegaba a la extraordinaria calidad y potencia de su espíritu, a su espontáneo señorío, a su exquisita inteligencia,

a su inagotable bondad. Y, sin embargo, persistía el “ambiente anacrónico” de su profundo saber. Hasta el punto de que uno podía gozar de su amistad y ser profundamente impermeable a su pensamiento. Y escribo esto porque estoy convencido de que sin pensar eso “anacrónico” del pensamiento de Jaime BOFILL, sin penetrar el sentido de su vocación misionera, dejaríamos sin pensar lo que aquí nos importa. Lo profundamente importante de Jaime BOFILL tiene que ver con ello.

El tradicionalismo, ambiente espiritual del pensamiento de BOFILL necesita ser entendido dentro del contexto de la Edad Moderna, de esa edad que los alemanes aún más expresivamente llaman la edad “Nueva”: La revolución científico-técnica que en ella se opera y las posibilidades que esta revolución abre de operar lo “nuevo” en la construcción de las condiciones materiales y sociales de la existencia humana y en la dominación técnica del cosmos, tienden, como ha escrito bellamente J. B. METZ, a desarraigar y apartar al hombre de la dimensión del “pasado” de que su historia proviene y a organizarle para su historia final. La primacía y la polivalencia de lo factible tienden a poner en crisis el valor de la contemplación y a sustituirla por una praxis omnicompreensiva. El poder inmediato de las tradiciones quiebra, y la aceleración histórica, confiriendo al futuro una magia vacía, amenaza con desvalorar de un solo golpe los valores adquiridos por el trabajo histórico de las generaciones.

Esta situación no es, en ninguna manera, arbitraria. El “giro antropológico” del saber que se va produciendo de manera cada vez más intensiva a lo largo de la Edad Moderna, pone progresivamente al descubierto las capas históricas de suposiciones implícitas que hacen posible la constitución de toda imagen del mundo. Por todas partes el hombre, en su saber, parece no encontrarse con otra cosa que consigo mismo. Tal encuentro, característico del giro antropológico de la cultura moderna parece poner en trance de muerte no sólo un saber de alguna manera “absoluto” del hombre, y con ello la posibilidad de toda metafísica, sino el mismo derecho del hombre a afirmarse como centro de perspectiva del cosmos. El pluralismo casi infinito de las modernas ciencias empíricas de la realidad parece postular incluso la renuncia a un saber unitario centrado sobre el hombre. En este sentido, escribe el antropólogo checo Miran PRUCHA: “Ahora... lo — metafísico — queda anudado a la esfera total de la realidad concreta, a la revelación recíproca del ente concreto, que va unida a la relatividad de cada uno de ellos. De ello testimonia la presencia y realidad del ente, siempre acompañada de su parcialidad y problematicidad. La real presencia del sentido unida a su fragmentariedad y limitación. La apertura virtual de cada contenido y la permanente ausencia de todo punto de partida sólido. Lo ‘metafísico’ no es, por tanto, un complemento transfondal y abstracto del mundo de contenidos, sino la manera brutal-real como todos los contenidos existen y el *milieu* en que todos están contenidos”. Y el mismo Miran PRUCHA nos dice el porqué de esta puesta en cuestión de toda imagen tradicional del mundo, de toda jerarquía entre los entes concretos. Porque sólo así “puede guardar la Filosofía su horizonte libre para todos los contenidos de la vida y de la ciencia”. La riqueza del saber moderno ha reventado desde dentro el cua-

dro metafísico que pretendía abarcarla y hacerla radicar en lo absoluto. ¿De dónde derivar entonces una imagen unitaria y suficientemente operativa que dé al hombre la garantía de que el proceso de la historia se decide hacia una mayor humanidad?

En esta ambigua y fecunda coyuntura de nuestra situación espiritual son posibles dos opciones responsables (que nunca pueden ser, naturalmente, puras si intentan ser fieles al afloramiento de la realidad en la experiencia humana).

Para una de ellas la heterogeneidad de nuestra situación por respecto al pretérito es tan honda que todo lo humano anterior queda irremisiblemente degradado a puro esbozo de lo que está por venir y de lo que nosotros no somos más que primicias. Se trata de optar radical y honestamente por el futuro liberando al hombre de la *inmediata* inercia del pasado, del peso meramente acumulativo y residual de las tradiciones, para que el hombre, encontrando los nuevos modelos de pensamiento y existencia, responda eficazmente al inaplazable desafío de lo "Nuevo". Aunque de manera todavía excesivamente contemplativa ya HEGEL en 1806 había enunciado la necesidad de decidirse por la "nueva forma del Espíritu": "¡Señores! Estamos radicados en una época importante, en una fermentación, en que el Espíritu ha dado un salto hacia adelante, ha sobrepasado su forma concreta anterior y adquiere una nueva. Toda la masa de ideas y conceptos que han estado en curso hasta aquí, los lazos mismos del mundo, han quedado disueltos y se desfondan por sí mismos como una visión de ensueño. Se prepara una nueva salida del Espíritu; y es la Filosofía la primera que debe saludar su aparición y reconocerla, mientras otros, en una resistencia impotente, permanecen pegados al pasado, y la mayor parte constituyen inconscientemente la masa de su aparición". Hasta qué punto no se dejaba HEGEL llevar de un temperamento de visionario y anunciaba sobriamente una inminente flexión histórica nos lo muestra bien a las claras lo que se llamará a finales del XIX y principios del XX la "crisis de fundamentos" que sufrirán por igual no sólo las ciencias fisicomatemáticas de la Naturaleza, sino las Matemáticas mismas. Pero quizá sea en el ámbito de la creencia religiosa y de la teología, en principio más resistentes a la alteración histórica, donde se revela más crudamente este cuestionario del hombre por el futuro. Ha sido el obispo anglicano John A. T. ROBINSON el que ha llevado esta conciencia a unas masas inquietas e intranquilas con los "modelos" tradicionales de la creencia: "Yo creo que, en los años que van a seguir, se nos llama a mucho más que a una simple reafirmación, en términos modernos, de la ortodoxia cristiana. Si nuestra defensa de la fe se limita a esta tarea, descubriremos muy verosíblemente que hemos perdido todo, salvo un pequeño 'resto' religioso. A mi juicio se hace necesario un remodelamiento mucho más radical y, en este proceso, las categorías más fundamentales de nuestra teología — las de Dios, de lo sobrenatural y de la religión misma, deben ser enviadas de nuevo a la horma". En una palabra: este revisionismo forzado por la aceleración moderna hacia el futuro, constituye hasta tal punto una opción mayoritaria en contra de la inercia de la tradición que, quienes llevados de una honesta responsabilidad hacia ésta se esfuerzan

por contradecir la *otra inercia*, la inercia *inmediata* de un formal futurismo, aparecen a nuestros ojos como un enigma. Jaime BOFILL pertenecía a estos hombres que representan la otra postura necesaria y difícil.

Esta postura, consciente de que nuestro actual nivel histórico sólo es posible gracias al trabajo histórico de las generaciones pasadas, al denunciar con vigor la *otra inercia*, la magia actualista de un futuro meramente formal, insiste en que el 'pasado' humano sólo es pasado en cuanto se ha hecho en nosotros 'presencia', y que sólo esa presencia, que es sinónimo de la conciencia que el hombre ha alcanzado de sí, es la única que puede libramos de una praxis por la praxis. La conciencia que el hombre tiene de sí es solidaria de la memoria de su experiencia del pasado y ésta sólo es conservable en una "rememoración activa". Esta otra tarea del espíritu humano era recordada también por HEGEL un año más tarde, en su prólogo a la primera edición de la Fenomenología del Espíritu: "Porque la sustancia del individuo, porque el mismo espíritu del mundo ha tenido la paciencia de recorrer estas formas en la larga extensión del tiempo y de tomar sobre sí el enorme trabajo de la historia del mundo en la que él labraba en cada una [de esas épocas o formas] el contenido entero de sí de que ella era capaz, y porque él no podía lograr por un trabajo menor la conciencia sobre sí mismo, así tampoco el individuo... puede concebir con menos su sustancia...". Esta rememoración activa, que es iluminación y nueva ganancia del pretérito desde nuestra situación espiritual, no queda satisfecha con una reproducción "historicista" de las formas de vida y pensamiento de las épocas pasadas, y menos desde una "explicación reductiva" del contenido espiritual de esas épocas a partir de los "valores hermenéuticos" de nuestra propia actualidad histórica. La auténtica rememoración activa del pasado supone verdadera congenialidad, con los valores de ese pasado. Al intentar no sólo hacer "mención" del pasado, sino conservar su "presencia", su "sustancia viviente", los pocos hombres que realizan auténticamente esta opción — como pocos son también los que optan por el futuro más allá de la repetida palabrería progresista — estos hombres sufren un destino tan humilde como insólito: se desposeen del tenaz tropismo por el que cada secta del tiempo se declara a sí misma epicentro de la historia, pierden en un cierto sentido muy real el "modo" del presente — y toda su fisonomía espiritual, al servir a la transparencia del pasado hecho presencia, nos les ofrece como "contemporáneos-anacrónicos". Este "anacronismo" — que tiene aquí el sentido activo y heroico de una *anábasis*, de un ascenso a las fuentes de nuestra humanidad, es una de las fuerzas más imprescindibles y fecundas para el futuro del hombre. Sólo ese "anacronismo" es el testigo eficaz de la sustantividad de la humanidad que fue y cuyas adquisiciones históricas nos modelan desde dentro. Jaime BOFILL pertenecía a los hombres que hacen a lo largo de su vida esta opción. Él fue para nosotros, de manera intensa y eficaz, un "*contemporáneo anacrónico*".

Las opciones del hombre, sin embargo, no son nunca inmediatamente espirituales. La opción de JAIME BOFILL, su decidida orientación hacia el pensamiento cristiano medieval y sobre todo hacia el pensamiento de San Agustín y Santo Tomás, estaba condicionada por su formación en una es-

cuela de espiritualidad y pensamiento, la *Schola Cordis Jesu*, proveniencia espiritual que él se complacía en confesar. De esta su procedencia espiritual conservaba Jaime BOFILL influjos muy diferentes y, a mi pobre parecer, desiguales. Ella marca decisivamente su vida y su obra de pensamiento hasta el fin. La valoración histórica de esta procedencia espiritual, que contiene grandes valores e intuiciones filosóficas y teológicas fecundas junto con una conciencia histórica pre-crítica, debe quedar para quien se sienta con fuerzas para escribir la historia de la espiritualidad catalana en el siglo xx. Lo que yo quisiera notar aquí es que Jaime BOFILL no recibe esta tradición de una manera inerte. Ya a partir de su tesis doctoral, inmadura sobre todo por el entrecruzamiento de perspectivas teológicas y filosóficas, se transparenta enérgicamente lo que va a ser la médula de su esfuerzo filosófico: la elaboración de una visión metafísica de la realidad a partir de una ontología de la persona. En la elaboración de ésta BOFILL aprovecha de manera muy personal temas básicos del estudio agustiniano de la subjetividad junto con temas de una profundizada metafísica tomista del conocimiento. Unos y otros iluminados siempre desde las preocupaciones más auténticas de nuestro presente filosófico. Esa confrontación, empero, entre los grandes temas de la clásica filosofía cristiana y las preocupaciones del presente filosófico no tiene nunca en BOFILL un carácter apologético. Al contrario: mientras toda apologética de esta clase es profundamente actualista, y por lo mismo nunca es capaz de llegar auténticamente al corazón del pasado, BOFILL vive de la familiaridad profunda de éste. Su intento es siempre recoger lo "nuevo" desde la adquisición antigua, hacer progresar el pensamiento en auténtica comunidad con las experiencias y expresiones ya logradas, sin rebajar nunca éstas en su valor sustantivo y en su diferencia.

La raíz confesada siempre, implícita a veces y explícita las más, de su orientación filosófica y de los temas más queridos de su pensamiento, era su fe de creyente. Y por más que no le fuera ajena la conciencia de "la asombrosa novedad de los tiempos", en medio de la aceleración histórica de nuestros días, la experiencia viva de su fe, su vivirla gozosamente en identidad y comunidad con excelsos pensadores del pasado, no le permitía ver lo nuevo que surgía en discontinuidad con el pasado cristiano que era para él "presencia llena de virtualidad". Precisamente porque vivía su fe, no como "vivencia individual", sino en íntima y familiar comunión con una experiencia histórica mayor que la suya, la rica virtualidad interpretativa de esa experiencia eclesial era para él la garantía de que también el futuro sería labrado por la "forma de Cristo". De haberlas conocido, pienso, Jaime BOFILL se hubiera reconocido gozosamente en las palabras de un amigo lejano, el P. Dominique DUBARLE que explica, en un contexto ciertamente distinto, el sentido de esta fidelidad al pasado hecho presencia: "... j'ai parlé de 'point d'honneur'. Pense-t-on que l'honneur se sente en jeu lorsque rien n'a eu lieu qui continue de valoir comme les rencontres les plus graves de l'être pour celui qui veut y faire honneur? Préférer à tout instant faire honneur à la certitude de mon passé, c'est, qu'y pus-je? me confesser a moi même, comme je vous le confesse ce soir, mes amis, que dans ce passé, la réalité de Dieu a passé, d'une manière que je ne me sens point fondé a récuser; réa-

lité a mes yeux suprêmement honorable et qui attend que je lui fasse honneur de préférer pour elle, à l'infini et quoi qu'il arrive, le réalisme théologique".

"Fideísmo? Non je ne pense pas. Il s'agit plutôt, désormais, d'un libre réalisme, dont je ne vois plus que je puisse pour mon compte sortir autrement que par une libre démission. A Dieu ne plaise que je vous impose alors de me joindre. A Dieu ne plaise également que je vous dise manquer à l'honneur de l'home si vous ne le faites! A Dieu ne plaise que je tienne votre conduite pour plus misérable que la mienne ne le serait! Tout cela, aujourd'hui, me ferait horreur. *Mais laissez-moi souscrire paisiblement a la substance vivante, préférée pour toujours, de mon suprême honneur humain*".

Estas palabras revelan para mí algo muy profundo, quizá lo más profundo de la vida y la obra de Jaime BOFILL. Punto de honor era su pensamiento, fidelidad que *honraba* la viviente experiencia de la comunidad cristiana que continuaba valiendo para él "comme les rencontres les plus graves de l'être". Por eso su "tomismo", que abarcaba por igual a S. AGUSTÍN, a S. BUENAVENTURA y a Sto. TOMÁS, no fue nunca la decisión formal y sectaria del repetidor. Sino un esfuerzo por poner a nuestro alcance, por hacernos penetrar en el espíritu de las "fuentes materiales" de esos "*graves encuentros con el ser*" de la experiencia cristiana del pasado. De ahí nacía su voluntad de pensamiento filosófico, su vocación misma a la filosofía. Nadie mejor que él sabía respetar otras opciones y promover otros caminos personales de hacer filosofía. En cuanto a él mismo, había optado cada vez más consciente y más libremente, a medida que su vida crecía en libertad y experiencia, por este testimonio en favor de las fuentes cristianas del pasado. En ellas descubría, para todo futuro, "mucho por pensar". Y eso *mucho* era "decisivo". Para BOFILL, ciertamente, lo 'metafísico' no era "la manera brutal-real como todos los contenidos existen y el *milieu* en que todos están contenidos". La realidad a pensar por la Metafísica, era *modus, species et ordo*, jerarquía de ser en descenso y ascenso desde y hacia la Persona Absoluta de Dios. La Metafísica era para él: "la consideración de la realidad desde aquel nivel en el cual la referencia a Dios es rigurosamente exigida". Ciertamente que el "modus, species et ordo" de la realidad, la referencia al Dios Personal, no eran para él espectáculo inmediato, sino el resultado de un esfuerzo de connaturalización. El carácter "medial" de la realidad mundana, "inter duos intellectus constituta" como gustaba de repetir podía oscurecer la referencia última al origen, a la presencia absoluta y al fin. Por eso, su impaciencia pedagógica de hacer existir a este nivel aumentaba aún más el carácter "querigmático", "misionero" de su filosofía.

Ojalá estas líneas inhábiles, escritas sin demasiado reposo, no desagraden a algunos de los muchos que conocieron y apreciaron al Dr. Jaime BOFILL, Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona. A mí me pareció importante subrayar la eficacia del maestro Jaime BOFILL como "contemporáneo anacrónico". El valor de su testimonio en favor de la experiencia humana y cristiana del pasado. Porque mirando al futuro, la vida y el pensamiento de Jaime BOFILL me parecen un "signo" que da que pensar.